

Roc Laseca

¿Un museo en el que valga la pena vivir?

Creo no tener reparos en pensar que hoy nos proponemos *consumir museo* de manera imparable. No hay ninguna duda de que el museo dispone un espacio de encuentro para las familias, los turistas esporádicos y los residentes permanentes, idóneo para condensar en una única experiencia lo que antaño resultaba costoso y difícil de reunir. *Consumir museo* nos permite visitar producciones culturales del lugar, conocer parte de su historia e identidad singular, comer en su restaurante de carta local y hacer algunas de las compras obligadas del día, fabricando en todo ello una ruta capaz de simultanear la llamada *falsa curiosidad* de Heidegger, con el *aburrimiento variado* de Maksim Gorki. *Consumir museo* es hoy la forma más extendida del capitalismo sedante. Pero ¿qué museo consumimos? El museo es un radical, como diríamos en gramática, que no puede existir sin sus declinaciones: museo *de arqueología*, museo *de la ciencia*, museo *de historia natural*, y sin embargo, en el espacio entregado por los nuevos recursos de la cultura visual que traban todo su universo de relaciones con la fabricación simbólica de la imagen, todo museo es hoy, técnicamente, un museo de arte contemporáneo. Consumimos siempre museo de arte contemporáneo, porque lo contemporáneo, y específicamente, lo artístico contemporáneo, ha canibalizado cualquier lectura urbana que podamos hacer de las narraciones que se cruzan y las experiencias que vivimos. En la nuda vida, ya no es posible consumir algo que no sea relato y performance.

Entonces, ¿tiene algún sentido seguir pensando las posibilidades del museo? ¿Qué formas ha aprendido a manejar la institución en la proliferación de dinámicas permanentemente móviles y efímeras? Si el dominio colectivo de lo social no deja de estar en continuo movimiento, abandonando la estructura para entregarse a la trama y los flujos de los tiempos actuales, ¿en qué situación deja eso a los museos, a sus proyectos, y a sus densos edificios reposados sobre la corteza urbana contemporánea? ¿Es posible pensar un museo en el que valga la pena vivir? ¿Pretender quedarse allí donde los demás pasan?

El museo plantea un espacio de **energías convocadas**. Esto quiere decir que ya no podemos dar por hecho ese lugar que dista entre la memoria material y la inmaterial, el diferencial que se abre entre los archivos sólidos y blandos, la frontera que separa la experiencia y los discursos. Son estos lugares in-between los que marcan una designación muy específica para la construcción de dispositivos de encuentro y debate en torno a lo colectivo, lo identitario y lo histórico. Formas que hasta ahora habían quedado atrapadas en la mutación y la catalogación entre los modos de sentir y de vivir

entregados por la modernidad, y que se esperaban que fueran siempre operativas y funcionales.

Pero en cierto sentido, **el compromiso del museo debe seguir siendo disfuncional**. No puede aceptar la normalidad y el sentido común, al menos no como una forma heredada y automatizada. Está aquí, por el contrario, para hacernos ciertas preguntas y ayudarnos asumir las consecuencias prácticas, tanto a nivel personal como colectivo. Por ello es necesaria una **transformación epistemológica** del museo: no tanto enfocada a lo que el museo está llamado a ser, sino a lo que el museo está llamado a construir, articular y poner en relación. Vivir en él como casa incómoda.

De todos modos, no estoy del todo seguro de poder confirmar que nosotros habitamos el museo: más bien, nos habitan una enorme cantidad de ellos. Y esto colige que las narraciones que nos cruzan a diario han sido ya articuladas y producidas por medio de unos emisores museales gestados desde intereses particulares que creemos interiorizar naturalmente. Todo termina siendo una gigantesca dinámica relatora, producida desde un lugar inalcanzable, muy similar a ese alejamiento mitológico por el que precisamente, hemos ubicado al museo en un lugar premoderno. Todo ello me recuerda siempre al circuito cerrado con el que Castoriadis solía describir una buena parte del funcionamiento de su Imaginario Social Instituyente: si el individuo es producto de la sociedad, y la sociedad producto del individuo, si todo y todos acabamos siendo producidos, manifestándonos como *formas imaginadas*, **¿quién es aquí el agente imaginante?**

En el museo, tal y como está hoy estructurado conceptual y operativamente, **todo lo que no sea imagen ideal es punto ciego**. Este aparato se mueve exclusivamente por dialécticas pares y planas. En muchos casos incluso coinciden sus terminales y se sincroniza la sobreexposición con la ceguera. Toda la zona intermedia, los diversos grados de espesor y los espacios de mediación han sido neutralizados. La imaginación crítica se ha cancelado en favor de una operación directa que sea garante del consumo generalizado y la polarización de las posturas sociales.

De manera que ya no sabemos lo que es un museo, pero sí podemos empezar a discutir lo que queremos que sea. Por el momento, hay cosas que sí sabemos. Sabemos que un museo es hoy una institución híbrida que pone sobre la mesa asuntos antes asignados a otros campos. Sabemos que un museo es un teatro experimental, una sala de conciertos, una plaza pública, pero igualmente un aula expandida y un destino turístico en sí. En ocasiones parece que el número de metáforas para describirlo es inversamente proporcional al número de certezas para definirlo con claridad.

Ahora bien, nos falta por saber cómo gestionar este diferencial que se abre entre el bien público y el bien común. Nadie duda del origen revolucionario del museo que ha hecho de esta máquina uno de los bienes públicos por excelencia. Lo público surge de un mandato social, pero lo común echa por tierra cualquier genealogía para abrirse camino como una forma basada en la reciprocidad y la mutualidad. ¿Cuán comunes son entonces nuestros museos? El museo ya no está aquí para decirnos quienes fuimos, sino para ayudarnos a anunciar colectivamente quienes vamos a ser y de qué modo vamos a poder seguir viviendo juntos. El museo está aquí para mostrar esas complejidades.

*Roc Laseca es autor de *El Museo Imparable. Sobre Institucionalidad Genuina y Blanda*. Publicado por Ediciones Metales Pesados, Santiago de Chile, 2015.

Biografía

Roc Laseca es Investigador y curador dedicado al estudio e implementación de programas de cultura visual basadas en lógicas locales. Su ámbito de investigación se centra en la prevalencia del “pensamiento institucional” -aplicado al arte, la arquitectura y los museos, entre otros- en la creación y declive de comunidades contemporáneas. Es Doctor en Teoría del Arte y Prospectiva Cultural, formado en la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de La Laguna y la Universidad de Helsinki. Actualmente, es Director de Los Encuentros Denkbilder, el programa semestral de intercambio artístico experimental que se desarrolla en Tenerife, con el que ha articulado iniciativas junto a Jannis Kounellis, Joseph Kosuth, Chris Dercon o Nicolas Bourriaud. Desde el año 2013 es Curador Visitante de la Fundación Saludarte / Ideobox Artspace donde puso en marcha los ciclos expositivos "Arquitecturas del Desarraigo" y fundó el seminario internacional "Latin Off Latin: Collecting Latin American Art Outside Latin America", en colaboración con los curadores regionales del Museo Guggenheim de Nueva York, El Museo del Barrio y el Museo de Arte Contemporáneo de Los Ángeles. En 2012 y 2013, fue Curador Invitado del Museo de Arte Contemporáneo, MOCA North Miami, donde organizó la exposición individual de Bill Viola, con la que obtuvo el New Times Best Museum Exhibit Award y la nominación al Premio Nacional AICA de Estados Unidos. Su último libro “El Museo Imparable. Sobre Institucionalidad Genuina y Blanda” ha sido publicado en 2015 por Ediciones Metales Pesados.